

El himen mexicano a finales del siglo XIX

A finales del siglo XIX, entre los estudios fomentados por la Facultad de Medicina, se publica en 1885 un curioso texto, de llamativo título. Se trata de *El himen en México*, escrito por Francisco A. Flores como proyecto final para su curso de medicina legal en la facultad.¹ El estudiante guanajuatense había llegado a la ciudad de México en 1877, con un título de farmacéutico obtenido en León. En la capital el joven, primo directo del poeta Manuel M. Flores, se relaciona con la bohemia y los círculos literarios: conoce a Rosario de la Peña (la supuesta inspiración detrás del "Nocturno" y el suicidio del poeta Manuel Acuña), a Juan de Dios Peza, al periodista Ignacio Ramírez (*El Nigromante*); empieza a escribir sus propios versos y alterna crónicas con Guillermo Prieto en el periódico *El Siglo diez y nueve*, y se incorpora a la Sociedad de Náhuatl. Al mismo tiempo, sigue desempeñando sus actividades científicas: es miembro de la Asociación Metodófila Gabino Barrera, donde conoce al doctor positivista Porfirio Parra, discípulo de Barrera; entre 1886 y 1888 publica los tres volúmenes de su ambiciosa tesis de licenciatura, su *opus magnum*, la *Historia de la medicina en México*, desde el periodo prehispánico hasta el siglo XIX, el primer estudio comprehensivo de este tipo. Desafortunada-

Miruna Achim. Doctora en Historia de la Literatura, investigadora de Editorial Cífo.

¹Agradezco a José Luis Martínez por haber llamado mi atención sobre este texto, y a los participantes del Seminario de Historia de la Ciencia en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, por sus comentarios.

mente, su esfuerzo no le trae el merecido diploma porque Flores debía todavía la materia Raíces griegas. Pero su orgullo se antepone al deseado título y Flores practicará medicina sin éste por el resto de su vida.²

El himen en México es un texto híbrido, que corresponde a los patrones de la literatura científica de finales del XIX. En la primera parte del libro Flores emplea sus conocimientos históricos para trazar un panorama abreviado de la virginidad, matizado por juicios morales y por reflexiones poéticas y literarias. En las siguientes partes Flores se desenvuelve como científico, para presentar observaciones morfológicas y fisiológicas sobre el himen que han de servir al médico-legista para determinar casos de violación o estupro. Estas observaciones están acompañadas por láminas ilustrativas [fig. 1]. A primera vista, el lector contemporáneo no puede sino experimentar cierta extrañeza, hasta incomodidad, frente a un texto que parece desbordar todos nuestros cánones disciplinares. ¿Cómo hemos de interpretar hoy en día un libro de tal índole? ¿Es un estudio científico? ¿Son serias las observaciones de Flores? ¿Son un mero divertimento semipornográfico para sus colegas en la facultad?³

²Los datos de la biografía de Francisco Flores provienen de la "Introducción", escrita por Víctor M. Ruiz Naufal y Arturo Gálvez Medrano, a la *Historia de la medicina en México* de Francisco Flores, edición facsimilar. México: Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982, vol. 1, 30-130.

³Uno de los pocos estudiosos de este texto, Juan José Arreola, escribe un pequeño ensayo donde, al destacar con humor el lado más fantástico y estrafalario del proyecto de Flores, hace dudar al lector contemporáneo si el libro es verdadero o una creación de Arreola. *El himen en México* parece responder al afán confabulatorio del propio Arreola, quien deplora la carencia nacional de himenólogos frente a la abundancia de himenólogos, y señala que Flores trató de remediar el desequilibrio al proponer un Instituto Nacional del Himen en México (conformado por médicos, farmacéuticos, enfermeros y sacerdotes entrenados para revisar anualmente a todas las mujeres, desde recién nacidas hasta entregarles un certificado de pureza en las vísperas del matrimonio); es imposible saber, sin embargo, si tal propuesta existió o si Arreola se aprovechó para ensayar una broma (Juan José Arreola, "El himen en México", *Palíndromo*, México: Joaquín Mortiz, 1971, p. 47-55).

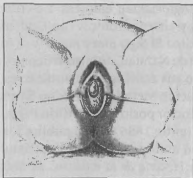


Figura 1. Himen en herradura obturado.

Sospecho que el mismo Flores no era muy propenso a las bromas y que se tomaba a sí mismo bastante en serio. Si decidimos, por lo tanto, tratar *El himen en México* como un legítimo proyecto científico (sin renunciar, por supuesto, al humor o al asombro como posibles aproximaciones) podríamos inscribirlo dentro de los cambios fundamentales que se dan en la relación entre la ciencia y la cultura nacional mexicana a finales del siglo XIX. Como ha notado Carlos Monsiváis en *Aires de familia*, se crean en este momento nuevas redes de participación de los intelectuales (mexicanos, pero latinoamericanos en general) en la vida de los recién formados países latinoamericanos, en sus proyectos políticos, legales y culturales. Las tareas principales eran definir, clasificar y representar la nación a partir de los varios sectores que la integraban, negociar incongruencias (por lo menos, teóricamente) y presentar programas viables para gobernar.

Un protagonista sumamente importante para el proceso de redefinición nacional fue el científico y, particularmente, el médico. El método predilecto de la investigación médica, impulsado por el auge de la estadística, consistía en la acumulación y clasificación de datos sobre una gran variedad de cuerpos y respondía, por lo tanto, a la urgencia de conformar un cuerpo ideal de la nación. Con el propósito de establecer los límites de lo normal y lo saludable contra lo "deviante", así como de aislar lo anormal como peligroso,⁴ proliferaron estudios donde la moral radicaba en la fisonomía, mientras que lo patológico repercutía en lo criminal. Aparecieron tratados sobre los criminales,⁵ las prostitutas, los matadores de mujeres,⁶ los pobres. *El himen en México* se puede situar dentro de este afán de acumular y organizar información con el propósito de saber para fijar y, finalmente, para legislar y gobernar. Como los demás estudios de su época, el libro de Flores va más allá de

⁴En uno de sus cursos en el Collège de France, Michel Foucault enfoca la formación y la consolidación de la psiquiatría, a partir de la definición de lo anormal, como parte de políticas para disciplinar y controlar a la sociedad francesa de los siglos XIX y XX. Según Foucault, la definición de lo anormal tiene sus orígenes en los monstruos de los siglos XVII y XVIII, los incorregibles del XVIII y los pequeños masturbadores del XIX. Véase Michel Foucault, *Los anormales*, edición establecida bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana por Valerio Marchetti y Antonella Salomoni, traducción de Horacio Pons, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁵Véase, entre otros, Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México*. México, 1901.

⁶Título de un libro del criminólogo Carlos Roumagnac, parte de la serie "Por los mundos del delito" que consiste en *Los criminales en México* (México, 1905) y *Crímenes sexuales y pasionales*, a su vez dividido en *Crímenes sexuales* (México, 1906) y *Matadores de mujeres* (México, 1910). Roumagnac, como Flores, era científico de amplias aficiones; entre sus desempeños extracientíficos encontramos traducciones del francés de varias novelas de Pierre Loti (seudónimo de Julien Viaud). A finales del siglo XIX, Loti había alcanzado una gran popularidad por sus novelas de temas orientalistas y de nostálgicas descripciones de harenes turcos, mujeres desencantadas y formas de vida en vías de desaparición. Loti fue elegido a la Academia Francesa en un concurso contra Émile Zola.

la simple cuestión antropométrica; a su vez, su objeto de estudio atraviesa polémicas de varios niveles, marca y define discursos y disciplinas. Por un lado, el himen, frágil membrana, separa a la virgen de la iniciada sexualmente, pero también al delito de la ley, a la moral de la violación del código social. Por el otro lado, el himen tiene una función unificadora, como lente donde convergen las prácticas científicas, culturales, sexuales y legales del siglo XIX mexicano.

Fragmentos de un discurso amoroso

Última flor... naciste con el día
 Abriste al cielo la gentil corola,
 Fuiste el amor del sol y de la brisa...
 Hoy yaces triste, marchita y sola.
 La dicha de la vida es una rosa
 Que se seca también y se marchita;
 Deshojóse la flor... quedó el aroma
 Dulce memoria de mi amor bendita.

Manuel M. Flores, "La última flor".

El himen en México empieza con "Dos palabras" (en realidad son dos páginas, diría Arreola), donde Flores presenta sus agradecimientos a sus profesores y "acaricia la idea de dedicar parte de su vida" al estudio de los hímenes, "materia que lo seduce". Sigue la "Primera parte", donde sienta los fundamentos de su proyecto: la importancia de la virginidad para varios pueblos, dentro de un amplio marco geográfico e histórico; el valor del himen como evidencia física de la virginidad; la justificación de un estudio sobre los hímenes para la medicina legal. Sumamente anecdótico, Flores esboza una historia de la virginidad y de la prostitución con base en fuentes griegas, prehispánicas y, sobre todo, a partir del *Tratado de medici-*

na y cirugía legal (1846) del doctor Mata, médico-legista español, cuyos libros tuvieron gran influencia entre los médicos mexicanos de finales del XIX. Flores empieza su recorrido histórico con Herodoto, quien contaba cómo los babilonios obligaban a cada mujer a ir al templo de Venus para entregarse a un extranjero. Las bonitas, como es de suponer, se quedaban menos tiempo, mientras que las feas permanecían más, "pues no podían satisfacer a la ley tan pronto como ellas hubieran querido" (p. 18). Al cumplir, cada una regresaba a su casa para vivir el resto de su vida con ejemplar pudor y continencia. Su narrativa lo lleva después a incursionar en las costumbres exóticas de pueblos remotos: persas, filipinos, árabes, chipriotas, araucanos, tibetanos, nubios, peruanos, canarios de Goa, sacerdotes de Cochín y Calicut. Algunos, como los babilonios, eran poco respetuosos de la virginidad de sus hijas; otros, feroces defensores de la virginidad al punto de suturar los labios de las mujeres hasta que las carnes se adherían, de tal suerte que el matrimonio no se podía efectuar sin una intervención quirúrgica.

A lo largo de sus incursiones históricas sobre culturas tan diferentes, Flores sigue una constante: hay una estrecha relación entre el grado de civilización y el respeto por la virginidad de cada pueblo. "Felizmente", concluye Flores, "esos pueblos que en tan poco valor la tienen, son los últimos en ilustración y que aún permanecen en la infancia primitiva. [...] Afortunadamente, a medida que los pueblos son más civilizados, le dan más valor, y preciso se hace que allí las leyes castiguen el delito" (p. 22-23). Como es de esperar, el lugar por excelencia de la civilización en esta dicotomía civilización/barbarie le pertenece a la Europa moderna, y Flores cita al doctor Mata para describir el aprecio de la virginidad entre los europeos:

Para citar algunos ejemplos de los celosos que están ciertos pueblos de la virginidad de sus mujeres, no hay

A lo largo de sus incursiones históricas sobre culturas tan diferentes, Flores sigue una constante: hay una estrecha relación entre el grado de civilización y el respeto por la virginidad de cada pueblo.

En los escritos del jesuita Francisco Xavier Clavijero, Flores encuentra que “entre los aztecas era considerada como una joya de gran valor... y nada se celaba tanto como la continencia de las vírgenes”.

que salir de Europa, no hay que salir de España. Por ejemplo, un europeo es, en punto a la virginidad, el reverso de la medalla de un filipino-aracanes. Una persona decente en Aracán no desfloraría por nada en el mundo a una virgen; en Europa, se prodiga todo el oro del mundo para disfrutar estas primicias. El libertino que recoge muchas de estas flores puede hacerse una guirnalda que será envidiada por los hombres de su condición y gustos. ¿Cuántos esposos, al sospechar que su consorte no está ya en posesión de esa encarecida prenda, se consideran desdichados? (p. 24).

Pero, al mismo tiempo, fiel patriota, miembro de una clase social e intelectual explícitamente consciente de su tarea de “civilizar” México —lo que equivalía, en la mayoría de los casos, a la emulación de las modas francesas en áreas tan distintas como los proyectos de urbanización y los vestidos femeninos—, Flores defiende a México como centro de civilización al describir el respeto por la virginidad desde tiempos muy remotos. En los escritos del jesuita Francisco Xavier Clavijero, Flores encuentra que “entre los aztecas era considerada como una joya de gran valor... y nada se celaba tanto como la continencia de las vírgenes” (p. 18). En cuanto al México de sus propios días, Flores nos informa, como Mata lo había hecho para Europa y específicamente sobre España, que:

No hay que salir de América, digo a mi vez, para ver la virginidad idolatrada. En México se le rinde culto y allí están sus leyes protegiéndola contra todo atentado; allí está el médico-legista volviendo a cerrar la azucena, próxima a abrirse, y descubriendo al insecto que quiso anidarse en su corola. Para el joven que adora a una mujer, su más soñada ilusión está en la virginidad. La ilusión más hermosa que puede formarse el joven de su adorada, es considerarla pura como el botón de la rosa que no ha tocado aun ni con su trompa el insecto, ni con las brisas el alba (p. 24-25).

¡Qué más bello que esa blanca flor de la virginidad
aun no acariciada por el céfiro avieso! (p. 22).

El lector de nuestros días no puede dejar de asombrarse ante el carácter visual y plástico de este texto de medicina legal, ante tanta metáfora floral y entomológica.⁷ Podemos encontrar equivalentes a los arrebatos líricos de Francisco Flores en el arte de sus contemporáneos. Su primo, el poeta Manuel M. Flores había publicado, como parte de su libro *Pasionarias*, una "Guirnalda", donde aparecen sus composiciones escritas en varios álbumes de señoras y señoritas de la época. A poemas sobre lirios suceden otros sobre irises, abrojos, flores marchitas y violetas, una perfumada ofrenda romántica donde el "deshojar" versos, como el mismo poeta seductor se refiere al acto de escribir sobre las páginas blancas del álbum, contiene una velada amenaza, una provocación, o un aviso inquietante. Veamos sus versos en el álbum de la joven Eulalia, parte del poema "El alma en flor":

Las almas en flor ¡ay! Se deshojan
Al soplo abrasador de la pasión
Y el llanto en que los párpados se mojan
Cae en gotas de fuego al corazón.

Después del aviso, Flores tiene un consejo para la joven mujer:

Deja tus bellas ilusiones de oro
Dormir en el regazo del candor;
Un día vendrá que viertas su tesoro
En un raudal de verdadero amor
[...]
Oye... no llesves tus preciosos bienes
A quemarse en la hoguera del amor (p. 161).

Lágrimas, flores, amantes y sugestivas comparaciones entre tesoros materiales y espirituales también

⁷Dentro de la literatura científica occidental, la entomología ha tenido sus connotaciones perversas y pornográficas. De esta manera, la lectura de los libros de Linneo, con sus ilustraciones de flores e insectos, era restringida exclusivamente a los hombres.

aparecen en las artes visuales de la época. Así, el pintor Manuel Ocaranza muestra en su famoso cuadro "Una equivocación" de 1881, a una mujer que duerme o sueña desprevénida, mientras un indiscreto colibrí disfruta del néctar de sus labios entreabiertos [figs. 2, 2a]. El sueño de la vigilia puede llevar a tales equivocaciones. Más explícito y programático es "El amor del colibrí", exhibido por primera vez en 1869 [fig. 3]. El cuadro se construye con base en ambivalencias y contrastes: una mujer vestida de blanco, ceñida por una cinta roja, interrumpe su clase de piano o su bordado —actividades predilectas de las jóvenes núbiles de la clase media alta— y se asoma a la ventana para leer un mensaje de amor. Sobre el marco de la ventana se encuentran el bordado y la aguja descartados, y una maceta con una azucena. La joven contempla el momento preciso en que un colibrí, de afilado pico, se quiere anidar en la corola. El tallo sin flor de la otra azucena encierra una premonición inminente. La amenaza se cumple en el cuadro que se expuso junto con éste, "La flor muerta", también conocido como "La ilusión perdida" [fig. 4]. Otra joven de blanco (¿la misma?), contempla llorosa y desconsolada una azucena rota prematuramente de su tallo.⁸ El mensaje de este par de pinturas se sugiere como la elección entre dos metáforas de la desfloración: por un lado, la frágil azucena amenazada por el punzante pico del colibrí; por el otro, el vaporoso encaje con la aguja de coser. Saber escoger depende de mantener una clara distinción entre la aguja que llevará al matrimonio y la que lleva a la perdición. Una variación interesante de esta elección aparece en el cuadro de Atanasio Vargas, "Una entrevista amorosa" de 1875, [fig. 5], donde el mal manejo de la aguja está a punto de perder a una joven doncella.

La obsesión finisecular con la virginidad se representa a partir de un repertorio de imágenes compartidas por la cultura burguesa mexicana. Por lo tanto,

⁸El poeta Manuel M. Flores había comentado el contenido de este cuadro con un poema fúnebre en la ocasión de la muerte de Ocaranza: "una virgen que el amor conquista/ y se deja robar por el amante/ beso tras beso en lánguida pereza...". (Manuel Ocaranza, *Pasionarias*, 1882, p. 256-257).



Figura 2a. Detalle.



Figura 3. "El amor del colibrí". Manuel Ocaranza, 1869.



Figura 4. "La flor muerta", o "La ilusión perdida". Manuel Ocaranza, 1869.

las consideraciones de Flores en la primera parte de su estudio conforman fragmentos de un discurso por la patria, cuyo arribo a la civilización superior depende en gran medida del pacto matrimonial y de la virginidad de la mujer a la hora del matrimonio.⁹ Al mismo tiempo, el concepto de la virginidad no tenía nada que ver con nociones abstractas o espirituales; al contrario, se trata de una virginidad tangible, concreta, acechada en todo momento por insectos y pájaros perniciosos, percances, atentados y peligros. El signo fi-

"Esta posición no podría ser más clara que en la siguiente sentencia de uno de los contemporáneos de Flores, Julio Guerrero, que aparece en su libro *La génesis del crimen en México* (1901). En cuanto a la novia, escribe Guerrero, "se la quiere con el amor casto de los niños, con pudor, con miedo, con adoración; para poderle brindar como caballero antiguo y legendario, un amor puro, se comienza por conservar pureza en el cuerpo y el alma. Así es cómo la mujer en México, desde niña, y con su sonrisa de ángel y sus miradas entomadas, de fuegos inconscientes de un hogar futuro, desempeña el noble papel de la civilización" (p. 326). No sólo se esperaba la castidad de la novia, sino que esta misma pureza lograra milagros en su prometido, quien actuaría como un perfecto don Quijote. Cabe subrayar que, en parte, estas actitudes deben bastante a los manuales para jóvenes esposos que llegan de Francia, junto con otras modas francesas.



¹⁰Según sugiere Giulia Sissa en un reciente ensayo, para los dos padres de la Iglesia, el mero acto de comprobar la virginidad implicaba su pérdida, por lo menos la pérdida de la inocencia virginal (Giulia Sissa, "The Seal of Virginity", *Fragments for a History of the Human Body*, Part Three, editado por Michael Feher, Ramona Nadaff y Nadia Tazi, New York: Zone Books, 1995). Flores está consciente de este peligro, pero considera la verificación demasiado importante para poder prescindir de ella.

sico de la virginidad, como estarían de acuerdo los contemporáneos de Flores, es el himen. Favorecer el himen como equivalente de la virginidad nos puede parecer lógico o natural y nuestras propias convicciones pueden ser un resabio de la cultura burguesa decimonónica. A lo largo de la historia, el himen no ha tenido siempre esta connotación; dentro de la tradición patristica, San Ambrosio y San Agustín cuestionaron cualquier verificación física de la virginidad (sin necesariamente negar de manera absoluta el resultado de tales verificaciones).¹⁰ El médico francés

Ambroise Paré, en el siglo XVI también rechazó las pruebas físicas como mero prejuicio de las comadronas. Pero, para Flores el referente más cercano de esta actitud es el naturalista Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, retomado por los enciclopedistas franceses, quienes rechazan en la *Enciclopedia* la idea de la virginidad como objeto físico. Escribió Buffon:

Los hombres, celosos de las primicias de todo género, han dado siempre importancia a todo lo que ellos han creído haber gozado los primeros. Esta especie de locura ha hecho un ser real de la virginidad de las mujeres. La virginidad, que no es sino un ser moral, una virtud que tan sólo consiste en la pureza del corazón, se ha hecho un objeto físico por el cual se han preocupado los hombres, han establecido sobre él opiniones, usos, ceremonias, supersticiones y hasta juicios y castigos. (Citado por Flores, p. 19).

Es específicamente contra Buffon y contra la "época de incredulidad" de los enciclopedistas franceses, que Flores despliega toda su inconformidad:

Horroroso desengaño se apodera del espíritu al ver semejante escepticismo, y las dudas vienen [...] La pérdida de la virginidad moral no deja rastros —es como el vuelo del ave o el paso de la culebra encima de las rocas (p. 20).

No es que Flores rechace totalmente el aspecto espiritual de la virginidad, sino que, como médico-legista, insiste en el correlato físico de la virginidad:

En ambos delitos —de violación y de estupro—, la cuestión de la virginidad es la sombra que se levanta aterradora delante del médico-legista. Y, ¿qué datos sino los que da el himen descuellan entre los que pueden buscar?

Y todo, ¿a qué tiende sino a que se conserve la integridad sexual, es decir, principalmente del himen, en

No es que Flores rechace totalmente el aspecto espiritual de la virginidad, sino que, como médico-legista, insiste en el correlato físico de la virginidad.

cuya ruptura se ha querido siempre personificar la desfloración? Desde Moisés se fijaba el modo de descubrirla. Evidentemente que el legislador siempre se ha ocupado de la virginidad física, de aquella que es tangible y en la que un atentado deja huellas (p. 25).

La lectura de huellas materiales lleva a juicios morales y permite la aplicación de la ley.

La palabra "himen" es de origen griego, emparentada con toda una familia de palabras: "hymén", o membrana, "hyménaios", o canto nupcial, "Hyménaios", dios griego del matrimonio. Pero, para nuestros propósitos, tal vez sea útil repensar el himen desde su etimología latina, *signaculum*, que, como lo notó Giulia Sissa, se puede traducir como sello y como signo al mismo tiempo. Marca que sella el cuerpo de la virgen, sello que cierra el pacto matrimonial, su destrucción es el signo de la pérdida de la virginidad. De las circunstancias de esta pérdida depende el cumplimiento o la violación del contrato. A la culebra del escepticismo y la duda, Flores contrapone en la segunda parte de su libro la membrana del himen, objeto de conocimiento y nudo entre varios registros del saber: el anatómico, el legal y el moral.

Fragmentos de un discurso científico

Las partes que siguen en el libro de Flores, de pretensiones exclusivamente científicas, parecen contrastar con el tono moralista y anecdótico de la primera parte. Flores pone manos a la obra y nos presenta un estudio de índole médico-legal, en la tradición del conocido médico-legista francés Ambroise Tardieu. Así, en la segunda parte de *El himen en México*, expone una rigurosa clasificación de hímenes, con base en sus propios estudios y en los de otros investigadores

sobre cuerpos de niñas, a veces sobre cadáveres.¹¹ Según estas observaciones, los hímenes se dividen morfológicamente en regulares e irregulares. Las formas regulares incluyen el himen anular, el labial, semilunar, franjeado y el de forma de herradura. Entre el sinfín de formas irregulares está el himen biperforado, el de herradura obturado, el imperforado, trifoliado, multifoliado y coroliforme.¹² A cada descripción corresponde una lámina ilustrativa. Flores pretende analizar la frecuencia de cada himen en cada país con el propósito de construir un cuadro estadístico de frecuencias en el caso de México. (Esto determinará el método que debería ser usado por el médico-legista de cada país para establecer si hubo violación en un caso dado). En México, insiste Flores, "debe dársele un lugar al himen en herradura, que ningún autor menciona, por ser una forma absolutamente distinta del semilunar, con el que sin duda se le ha confundido, por presentar [...] una resistencia que le es propia, y por observarse con alguna frecuencia en el país". En la tercera parte de su estudio introduce observaciones sobre la modificabilidad de cada forma de himen según la edad de la mujer y un análisis de la resistencia que cada forma opone a una fuerza ajena que intenta romperlo. Para este análisis Francisco Flores contó con la ayuda de un ingeniero civil, Luis Cortés, quien estableció una relación entre trabajo mecánico (necesario para romper un himen), tiempo y fuerza: $T = P \times t$. P varía según la resistencia de cada tipo de himen [fig. 6]. Las correlaciones entre la morfología y la mecánica son sumamente importantes para el médico-legista; ellas indican si en un caso de desfloración hubo o no un atentado criminal. "A medida que la membrana sea más resistente", sugiere Flores, "el esfuerzo del violador tiene que ser más grande, y más fácil será encontrar lesiones producidas por la mayor fuerza empleada. Una violación de doncella cuyo himen sea labial, sin señales de violencia, no es probable; [...] la de una cuya forma corresponda al de herra-

¹¹La autoría de *El himen en México*, particularmente de las observaciones científicas que éste contiene en la segunda y tercera partes, ocasionó una controversia en el momento de su publicación. En enero de 1886, Adrián de Garay, editor de la gaceta *La Escuela de Medicina*, niega que *El himen en México* fuera obra exclusiva de Flores, sino que "fue escrita el año de 1884, con los datos suministrados por los alumnos de Medicina Legal, bajo la dirección de su maestro, el Dr. Andrade. El Sr. Flores fue únicamente el que compiló y ordenó dichos datos. De esto se deduce, que la Memoria el 'Himen en México' no es propiedad del Sr. Flores, sino de los alumnos de Medicina Legal de 1884, que es quien está aprovechando esos trabajos. [...] Por eso esperamos que el Sr. Flores explique públicamente" (p. 144). El mismo Garay nos proporciona otro dato referente al asunto en el número de la gaceta del 15 de febrero, donde anuncia que Flores había enviado explicaciones, "pero en remiúdo tan extenso que tuvimos que manifestarle la imposibilidad de publicarlo". Garay estima que estas explicaciones llenarían unos seis meses de la gaceta. Después de estos intercambios, no tenemos más información sobre la controversia. Sería justo observar, en defensa de Flores, que éste se refiere varias veces a los estudios de otros investigadores, aunque nunca se refiere a *El himen en México* como un proyecto colectivo.

¹²Areola celebra en particular el descubrimiento de Flores de un nuevo tipo de himen, el llamado coroliforme, cuyo nombre remite, otra vez, a metáforas florales. Para desgracia de Flores, esta forma no se vuelve a observar después.

$$\begin{array}{l}
 \text{Para el himen labial:} \\
 E_1 = \left(\binom{r}{1} + \binom{r}{2} \right) + \left(\binom{r}{1} + \binom{r}{2} + \binom{r}{3} + \binom{r}{4} \right) t = \left(\binom{r}{2} + P \right) t \\
 \text{Para el himen anular:} \\
 E_2 = \left(\binom{r}{1} \cdot \binom{r}{1} + \binom{r}{2} \cdot \binom{r}{2} \right) t = P \times t \\
 \text{Para el himen en herradura:} \\
 E_3 = \left(\binom{r}{1} \cdot \binom{r}{1} + \binom{r}{2} \cdot \binom{r}{2} \right) t = 1P \times t
 \end{array}$$

Figura 6

¹³Flores reconoce que pueden existir excepciones. Por un lado, hay jóvenes que, aún embarazadas, conservan el himen íntegro. En este caso, razona Flores, "si la joven embarazada tiene un himen labial o anular íntegro, probablemente sólo hubo atentado: si lo tiene en herradura o semilunar, pudo verificarse un coito fecundante sin dejar huellas" (p. 65). Al mismo tiempo puede haber mujeres técnicamente vírgenes, cuyos hímenes presentan alteraciones por causa de la masturbación, "el peligroso suplemento de la naturaleza" (p. 28). Por otro lado, en el caso opuesto, la ausencia del himen no indica necesariamente la conducta reprochable de la joven, y la sabiduría del médico-legista es particularmente útil en tales casos: "Aun en lo profano puede tener utilidad la aplicación de estos principios. El joven que se casa, sueña en la noche de sus bodas con la resistencia que va a encontrar al satisfacer sus ardientes pasiones. Y cuántos casos hay en que sólo la falta de esta condición alarma injustamente al esposo que desde aquel instante niega las caricias a su consorte y aun duda de su virginidad. Y cuántos en que, ya desgraciado el matrimonio, viene el divorcio. Que se consulte al médico particular y muchas luces le puede dar esta teoría. Que se trate de una de las formas del himen que presenta poca resistencia, el de herradura o el semilunar, por ejemplo... El esposo maldice aquella hora, la joven desposada ve nublarse el cielo de sus amores, y sólo el médico, previo un examen y reconocida la forma del himen, podrá, en tesis general, disipar la tormenta. Más difícil es que todo esto se verifique si el himen es anular, y aun más labial, siendo sus resistencias mayores en igualdad de circunstancias, salvo diferencia en los diámetros homólogos" (p. 65-66).

¹⁴Tal vez por esta razón Juan José Arreola sugiere la fundación de un Instituto Nacional del Himen.

dura, ya es verosímil, y tratándose del semilunar, es muy posible" (p. 68).¹³ Cabe aclarar que dentro de la jerarquía establecida por Flores, el himen labial es inherentemente más resistente que el semilunar.

Dejemos de lado algunas objeciones posibles a las teorías de Flores: algunos errores intrínsecos a las fórmulas, como la imposibilidad de ejercer la opinión médica, dado que, en la mayoría de los casos, no se conocía la forma inicial del himen antes de la pérdida de la virginidad.¹⁴ Lo que es importante rescatar del estudio de Flores, más allá de la cuestionable utilidad de sus clasificaciones de hímenes, son las características de su método científico, que nos revela el funcionamiento del discurso médico a finales del siglo XIX y es un importante testimonio para el proceso de definir, conformar y legitimar un espacio funcional y práctico de la medicina, con sus limitaciones frente a otras disciplinas, particularmente frente a la ley.

Primero, notemos el papel de la visión en sus observaciones. En el siglo XIX, como lo había sugerido Porfirio Parra en el prólogo al otro libro de Flores, *Historia de la medicina en México*, se llevó a cabo la conquista de la visión sobre los demás sentidos como fuente generadora del saber en la medicina. Así, Parra enumera toda una serie de instrumentos médicos que se empiezan a usar en este momento: "el laringos-

copio, el otoscopio, el endoscopio, los diversos *espéculums*: he aquí nuevos medios con los cuales el clínico ha conseguido hacer visible lo invisible, próximo lo remoto y manifiesto lo recóndito" (p. 12). La mirada que, siguiendo las definiciones de Foucault podríamos denominar como "clínica" es, por lo tanto, mediada por instrumentos que prometen ofrecer una realidad más real, más objetiva, inaccesible al ojo libre, plagado a su vez por incertidumbres, defectos y subjetividades. Paradójicamente, la mirada mediada apoya la pretensión científica del fin de toda mediación.

En el caso de *El himen en México*, Flores no usa más que *espéculums* para sus estudios. Pero sus observaciones responden al rigor de la mirada clínica para producir dos tipos de objetos, dos versiones del mismo saber. Por un lado, números, por el otro, imágenes. Las fórmulas físicas y las tablas estadísticas incluidas por Flores constituyen una base de datos que mide y organiza una realidad confusa de manera supuestamente racional. Este resultado es reforzado por las ilustraciones que acompañan cada una de las descripciones de los hímenes. Aquí lo visto ha sido reducido a lo estrictamente necesario: piernas abiertas, vistas frontales del himen, ganchos que permiten ver el objeto de estudio. Tanto la base numérica como la base iconográfica tienen el mismo punto de partida, la ambición de haber eliminado cualquier huella de subjetividad, de llegar a un resultado final neutro y desinteresado. ¿Con qué propósito? ¿Cuál es el valor retórico de tales pretensiones de objetividad?

No sabemos quiénes eran los lectores del libro de Flores (más allá de unos cuantos catedráticos de la Facultad de Medicina) ni si el libro sirvió para resolver algún caso concreto de desfloración. Lo que sí es cierto es que el estudio de Flores no es una simple curiosidad para la medicina de la segunda mitad del siglo xix, sino que indica la presencia cada vez más influyente de los médicos en la sociedad decimonónica. Como lo explica Porfirio Parra en el prólogo a *Histo-*

En la sociedad laica de finales del siglo XIX, la medicina se constituye como un nuevo sacerdocio ilustrado; el saber médico va más allá de los síntomas corporales y sus diagnósticos tienen repercusiones morales y culturales.

ria de la medicina en México, la medicina tenía usos y fines sociales, morales, legales y culturales y contenía su prestigio con otras profesiones más antiguas:

Se trata de una profesión de las que por más complicada manera influye en la vida social. El médico, confidente, consejero y amigo íntimo de las familias, ejerce en el hogar doméstico un influjo que sólo al de confesor puede ser equiparado; el médico, poseedor de la ciencia de la higiene, tiene ilustrada voz y decisivo voto en todo lo relativo al régimen de las aguas potables, al establecimiento de hospitales y panteones; él tiene que vigilar los comestibles y bebidas que el comercio distribuye, para impedir que el fraude los adultere; el médico, en razón del conocimiento profundo que posee de nuestro organismo y de sus funciones, es el consejero natural del legislador; en mil puntos del orden civil o del orden penal que afectan los más caros intereses de la sociedad; el médico, en razón de sus mismos conocimientos, tiene que ilustrar a la justicia para la recta aplicación de las leyes. ¿Quién sino el médico podrá discernir sobre el grado de capacidad civil o de la responsabilidad criminal de determinada persona? ¿Quién sino él podrá descubrir las recónditas huellas que un veneno sutil deje en el seno de los órganos? ¿Quién sino él podrá sorprender este veneno, separarlo del cuerpo que destruyó y presentarlo con sus terribles caracteres a los ojos de los jueces? ¿Quién sino él para desmascarar la impostura, confundir la hipocresía y restituir a la inocencia el blanco ropaje de que la malicia lo quiso despojar?

Así es que, por varias razones, constituyen los médicos en cada país una de las clases más ilustradas, más laboriosas, más útiles, más indispensables (p.18).

En la sociedad laica de finales del siglo XIX, la medicina se constituye como un nuevo sacerdocio ilustrado; el saber médico va más allá de los síntomas corporales y sus diagnósticos tienen repercusiones

morales y culturales. Confidente, cura, urbanista, legislador, el médico participa en todos los aspectos de la vida cívica, construye el cuerpo político, social y moral con base en números e imágenes y conserva la salud de la nación mediante su sutil arte de leer caracteres terribles, lugares, espacios y huellas, de discernir entre la ley y el delito, la impostura y la inocencia. Dentro del imaginario cultural de finales del siglo XIX, la medicina participa como uno de tantos modelos —como la pintura, la literatura, las leyes— que pretenden representar y disciplinar las prácticas de la sociedad burguesa. Pero, al mismo tiempo, la medicina, ciencia ilustrada, neutra y objetiva, ejerce directamente sus saberes al imponer y legitimar la normalidad. Detrás de los valores numéricos del nuevo saber se esconden y se dictan leyes y valores morales, se negocian prácticas culturales dominantes y se disipan ansiedades.¹⁵

Si la medicina es uno de los modelos favoritos para regir la cultura del siglo XIX, la mirada médica privilegia varios objetos de estudio para representar la sociedad. Tales sujetos funcionan como vasos comunicantes, nudos que dejan entrever los puntos de contacto entre varias prácticas sociales (como la medicina, el derecho, la economía, la pedagogía). En sus estudios, Foucault había señalado particularmente a los reos, los niños, los homosexuales, los enfermos mentales, los masturbadores. A continuación, quisiera destacar el cuerpo de la mujer, o mejor dicho, sus numerosos cuerpos, como sujeto privilegiado para estudiar un caleidoscopio de discursos decimonónicos. Cruce entre lo público y lo privado, la economía y la moral, la ciencia y la ley, el cuerpo femenino —los cuerpos femeninos— son producto, por un lado, de la ambigüedad y el miedo, y por el otro, del impulso de diferenciar y de reducir esta misma ambigüedad a valores claros y unívocos. Este impulso dará lugar a toda una configuración de tipos de mujeres, entre las cuales se destacan las *femmes fatales*, las

¹⁵En este sentido, entre las anécdotas y moralejas de la primera parte de *El himen en México* y el rigor científico de la segunda, hay una estrecha relación: los números y las fórmulas dan legitimidad a las prácticas sexuales propuestas por el autor como normativas.

mujeres-vampiro, las tuberculosas, las actrices de cabaret, las castas y abnegadas esposas que pueblan el imaginario decimonónico.¹⁶

Los usos del cuerpo femenino

¹⁶Para ilustrar algunos de los tipos de mujeres presentes en el imaginario nacional mexicano, encontramos la siguiente descripción de Julio Guerrero: "La señora decente, que es como se designa a la mujer mexicana que reúne estas condiciones, y que en ella resume las más preciadas cualidades de nuestra sociedad, tiene también un tipo nacional. De estatura más bien alta que baja; esbelta de talle y seno turgente, la tez de un pálido trigüello que sonrosan con facilidad los rubores de la modestia; pelo negro o castaño oscuro, suave, largo y abundante, pies y manos pequeños, ojos negros rasgados, y de miradas entornadas, en los que brillan las ideas más puras; van y vienen constantemente, con su andar nervioso, por los corredores llenos de macetas y pájaros, o bajo los portiers de las piezas, llevando al niño asido de su falda y difundiendo vida y contento en la casa donde reinan sobre sus esposos, hermanos, hijos y servidumbre con el imperio indisputable del amor". La "señora decente" de Guerrero contrasta con "la beata flaca, larga, entabacada", con la cortesana clandestina, y con "las obesas indolentes, sin más ideas en el cerebro, que un menú futuro o el recuerdo de comilitonas célebres", con las "histéricas, las nerviosas, las biliosas, las intrasigentes, las entrometidas", "interminable lista, si me propusiera describir tipo por tipo a todos los que la forman", concluye Guerrero; "pero, entre ellos hay uno nacional, y ese es el noble que he descrito. Así son las esposas de nuestras clases directoras y pueden simbolizar a la sociedad mexicana, de la misma manera que una especie vegetal representa la flora de una comarca" (p. 181-182).

Para concluir la primera parte de *El himen en México*, Flores recurre a una anécdota contada por Mayart de Vouglans:

Un joven acusado de estupro fue condenado por una Corte a dar un talego a la estuprada. [...] cuando éste estaba ya en poder de la ofendida, le mandó [al joven] que se lo quitara, lo que no pudo lograr por la resistencia que ella puso. El joven fue absuelto. La Corte comprendió que como la mujer aseguró su bolsillo, pudo haber defendido su honra (citado por Flores, p. 28).

(El autor añade, en nota a pie de página, que Sancho Panza se enfrentó a un caso similar en la ínsula Barataria.) Esta peligrosa sustitución simbólica entre el dinero y la virginidad no es una referencia aislada en el texto de Flores. La prostituta, como la virgen, representan dos figuras constantes no sólo en *El himen en México*, sino también en el imaginario cultural decimonónico. No deja de sorprender la presencia de la prostituta en un texto sobre hímenes; pero, como veremos, la castidad de la futura esposa, al igual que la integridad del matrimonio burgués son impensables sin la prostituta.

El interés en la prostitución como fenómeno social, económico, moral y cultural tiene su origen en los estudios del médico francés Alexander Jean Baptiste Parent-Duchâtelet, cuyo libro en dos tomos, *Histoire de la prostitution dans la ville de Paris* conoció tres ediciones en veinte años (1836, 1837 y 1857). Un verdadero Linneo de la prostitución, Parent-Duchâtelet

presenta, en su primer tomo, tipos de prostitutas según sus clientes, sus rasgos espirituales y psicológicos; algunos de sus estereotipos serán pautas importantes para los novelistas del xix. Un verdadero visionario en su momento histórico, Parent-Duchâtelet concluye que no hay una correlación entre los rasgos físicos y la tendencia a la prostitución, sino que, más bien, la pobreza es el gran móvil de la profesión. En el segundo tomo, el estudioso recopila ensayos de varios colaboradores extranjeros que dan testimonio de la prostitución en varias partes del mundo: el resto de Europa, Asia, África del Norte. Como lo ha notado el historiador francés Alain Corbin, el estudio de Parent-Duchâtelet tendrá un gran impacto epistemológico: observar y saber se traducen en supervisar, controlar y regularizar la prostitución; la búsqueda y acumulación de datos sirve para el ejercicio del poder.

Como las demás influencias francesas en México, los estudios de Parent-Duchâtelet y de otros estudiosos franceses serán de gran importancia para la medicina mexicana. Así, a finales del siglo xix aparecen en México varios escritos dedicados al estudio de la prostitución. Sin tomar en cuenta las múltiples referencias a la prostitución en los libros de medicina legal o de higiene pública (incluyendo el capítulo dedicado a la higiene pública en el libro de Flores, *Historia de la medicina en México*), podríamos mencionar por lo menos tres monografías sobre el tema: una revisión del reglamento de la prostitución, promovida por la *Gaceta Médica de México* en 1890; una tesis de licenciatura de Francisco Güemes, *Algunas consideraciones sobre la prostitución en México* (1888), donde cita profusamente a Parent-Duchâtelet; y un estudio de casos compilado por Carlos Roumagnac, *Crímenes sexuales y pasionales*, de 1906. Siguiendo a Parent-Duchâtelet, cada uno de estos escritos acumula una base de datos e imágenes, con el propósito final de proponer la regularización de la prostitución.

Como las demás influencias francesas en México, los estudios de Parent-Duchâtelet y de otros estudiosos franceses serán de gran importancia para la medicina mexicana.

¿Cuáles son algunas de las imágenes del repertorio visual de la prostituta mexicana?

En un ensayo fundamental, Alain Corbin ha notado que la prostituta en Francia se asociaba con lo corrupto y lo inmundo, con la degeneración y el contagio, con cadáveres de animales, carnicerías, canales de evacuación y aguas negras. Su cuerpo remite, por lo tanto, a imágenes de patología urbana y su tratamiento responde a la actitud de contener lo sucio y limpiar la ciudad decimonónica. El mismo Parent-Duchâtelet, antes de escribir sobre la prostitución, había escrito tratados médico-higienistas sobre la disección de los caballos en relación con la salubridad pública, sobre la evacuación de aguas infectas y sobre permisos de venta de carne de puerco en la ciudad. Francisco Güemes, seguidor de Parent-Duchâtelet en México, emplea precisamente estas mismas imágenes para describir la prostitución en el país y pedir su regularización, considerando que en México el estado general de las prostitutas era mucho más deplorable e inmundo que en Francia:

Las prostitutas son tan inevitables en una aglomeración de hombres como los albañales, los muladares y los depósitos de inmundicias; la conducta de la autoridad debe ser la misma respecto a una que a otros; su deber es vigilar y atenuar por todos los medios posibles los inconvenientes que les son inherentes (p. 88).

Más adelante, Güemes vuelve a insistir sobre la actitud que han de adoptar las autoridades cívicas:

Hay que vigilar el negocio/industria de la prostitución así como se vigilan otras industrias [...] ¿Por qué los industriales de la prostitución, industria insalubre en primer grado, que propaga afecciones contagiosas, altamente nocivas, profundamente peligrosas, no sólo para la salud individual, sino para la salud de la Nación, han de exceptuarse de la vigilancia de las leyes,

de la reglamentación a que está sujeto el insignificante vendedor de comestibles? (p. 107).

La prostitución es, como vemos, altamente nociva y peligrosa para la salud de la nación. ¿Por qué, entonces, no se aboga la prohibición absoluta de la prostitución y la extirpación del cuerpo pútrido de la prostituta del cuerpo saludable del resto de la nación? Y, finalmente, ¿a qué cuerpo se refiere Güemes al mencionar la salud de la nación?

Primero, la prostitución no se prohíbe porque es el sacrificio necesario para el funcionamiento del resto de la sociedad. Escribe Güemes:

Debemos conservar la prostitución como una úlcera que conserva la vida del organismo social y mientras los progresos de la civilización no hagan posible el matrimonio, a la mayor parte de los hombres, decir: cien veces la prostitución y sus infamias y sus gangrenas, más bien que el proletariado cínicamente fecundo y que arroja a sus hijos al muladar, cien veces la voluptuosidad comprada, más bien que la traición doméstica y el adulterio vuelto costumbre, y el matrimonio convertido en tráfico de capitales y próximo a la poli-gamia; cien veces la voluptuosidad cruelmente arrancada y separada al amor, más bien que la amistad traicionada y el amor contaminado en el santuario de la familia, cien veces mejor que toda esta sociedad imbuida de un jugo canceroso de virtud hipócrita y de íntimo libertinaje, que la consume lenta, pero seguramente (p. 87).

Según esta visión orgánica del cuerpo nacional, la prostituta funciona como una infección controlada, el foco enfermo que permite mantener la salud del resto del cuerpo y, sobre todo, aleja peores miedos y males: la amenaza de la degeneración racial; la reproducción de las clases proletarias; el adulterio; la poli-gamia; el desgaste económico y espermático del hom-

La monogamia, no se cansan de repetir los contemporáneos de Güemes, representa una fase superior de la civilización, reservada casi exclusivamente a las clases dirigentes.

bre. La monogamia, no se cansan de repetir los contemporáneos de Güemes, representa una fase superior de la civilización, reservada casi exclusivamente a las clases dirigentes. Hipócritamente, esta fase superior, alcanzada dentro del santuario del matrimonio burgués, depende precisamente de la existencia de la prostituta, que permite al hombre algunos deslices sin mayores consecuencias. La prostitución es el precio pagado para conservar la integridad del himen de la futura esposa y para cuidar, lo más posible, el bolsillo de su marido.

Pero, más allá de las consideraciones teóricas de algunos estudiosos, la prostitución no se prohíbe porque no se puede. Citando a Parent-Duchâtelet, Güemes sentencia que "la prostitución es como un torrente que no se puede detener pero que hasta cierto punto es posible dirigir" (p. 63). Por razones sanitarias, económicas y morales, vigilar y dirigir es, por lo tanto, preferible a la clandestinidad o al peligro de una posible confusión de las prostitutas con mujeres honestas.¹⁷ De esta manera, la prostituta llega a ser objeto predilecto de la higiene pública, junto con otros "cuerpos" potencialmente contagiosos o corruptos: hospitales, panteones, mercados, canales de desagüe. Así, a partir de 1862, se empieza la inscripción metódica de las prostitutas y se les impone portar carné con los siguientes datos: número de orden, clase, lugar de nacimiento, filiación, fecha de la última visita médica, estado de sanidad y retrato.¹⁸ Al mismo tiempo, se designan lugares específicos donde se puede practicar la prostitución, alejados de iglesias y escuelas. El trato de la prostituta corresponde a la preocupación a finales del siglo XIX por representar una imagen limpia y unívoca de la vida urbana y de los cuerpos que conforman la ciudad y la nación. Esta nueva representación se urde, en parte, a partir de la acumulación de datos que permiten conocer, vigilar y dirigir, a partir de números que miden hímenes y prostitutas, con el propósito de distinguir, clasificar y

¹⁷Encontramos la siguiente sentencia en la revisión del reglamento sobre la prostitución llevada a cabo en la *Gaceta médica de México*: "En nuestro periodo, la autoridad se ha fijado sobre este cáncer tan peligroso pero tan necesario, que perturba la tranquilidad de las familias, que destruye la salud de una parte interesante de la población, y que amenaza degenerar a nuestra raza, y si ha permitido el ejercicio de la prostitución, lo ha reglamentado convenientemente y ha organizado la Inspección de Sanidad, formada de médicos especialistas que son los que se encargan de estar reconociendo diariamente a las prostitutas de la Capital, y de extender las certificaciones de sanidad correspondientes" (p. 778).

¹⁸En su estudio, Francisco Güemes sugiere otros sistemas de clasificación, entre los cuales figura la división de las prostitutas según su apariencia física en "bonitas", "feas" y "regulares".

eliminar toda posible ambivalencia, de crear nuevos consensos políticos y culturales.

Dentro de este nuevo escenario nacional, el científico ocupa un lugar primordial. Pero, como en el caso de *El himen en México*, el discurso científico responde a normas diferentes de las expectativas creadas por un lector de nuestros días. Como todo científico del siglo XIX, Flores no se abstiene de pasar juicios morales, de usar todos los recursos retóricos disponibles, de intentar influir en la opinión pública. A continuación, veamos una faceta más en la escritura de nuestro polígrafo. Se trata de las líneas finales en su libro sobre el himen:

Terminé, por fin, mis penosas y rudas labores. Labrador tenaz y constante, vine sembrando con esmero pobrecillas simientes, avaro del producto que ellas me pudieron dar. Plantas nacidas al suave y tibio calor del estudio, hélas venido cultivando con cariño. Obtenida ya la cosecha, temo que en vez de haber recogido maduras y sabrosas mieses, sólo haya alcanzado anémica y enfermiza cizaña. Si sólo obtuve la última, culpa mía no fue carecer de esa exuberante savia con cuyo riego se producen buenos y abundantes frutos.

Sin comentarios...

Bibliografía

- ARREOLA, Juan José, "El himen en México", *Palindroma*. México: Joaquín Mortiz; 1977, p. 47-55.
- CORBIN, Alain, "Commercial Sexuality in Nineteenth-Century France: A System of Images and Regulations", en Gallagher, Catherine y Thomas Laquer, ed. *The Making of the Modern Body*. Berkeley: University of California Press, 1987.
- El cuerpo aludido. Anatomías y construcciones*. México,

- siglos XVI-XX. México: Museo Nacional de Arte / CONACULTA-INBA, 1998, p. 80.
- CURIEL, Gustavo, et al. *Pintura y vida cotidiana en México 1650-1950*. México: Fomento Cultural Banamex / CONACULTA, 1999, p. 207-209.
- FLORES, Francisco de Asís, *El himen en México*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1885.
- , *Historia de la medicina en México*. Ed. facsimilar. México, 1886. México: Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982.
- FLORES, Manuel M., *Pasionarias*. 2ª. ed. México, 1882.
- , *Rosas caídas*. Edición de Margarita Quijano. México: Imprenta Universitaria, 1953.
- FOUCAULT, Michel, *Los anormales*. Edición establecida bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana, por Valerio Marchetti y Antonella Salomoni. Trad. de Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- GARAY, Adrián de, "El Sr. Francisco Flores", *La Escuela de Medicina*, México, t. VII, núm. 10, enero 15, 1886.
- , "El himen en México", *La Escuela de Medicina*. México, t. VII, núm. 12, febrero 15, 1886.
- GÜEMES, Francisco, *Algunas consideraciones sobre la prostitución en México*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1888.
- GUERRERO, Julio, *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*. México, 1901. Edición facsimilar. México: Porrúa, 1977.
- MONSIVÁIS, Carlos, *Aires de familia*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- PARENT-DUCHÂTELET, Alexander Jean-Baptiste, *De la prostitution dans la ville de Paris (1836, 1837)*. Paris: J. B. Baillièrre et fils, 1836, 1837, 1857.
- ROUMAGNAC, Carlos, *Matadores de mujeres*. México, 1910.
- SISSA, Giulia. "The Seal of Virginity", en Feher, Mi-

chael, Ramona Nadaff y Nadia Tazi, ed., *Fragments for a History of the Human Body*. Part three. Ed. New York: Zone Books, 1995.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra



Book, Ramona Nadal y Natividad...
for a History of the Human...
New York: Zone Books, 1993

FE DE ERRATAS

Página 67, foto superior: carece de pie de foto.
Debe decir: Figura 2. "Una equivocación".
Manuel Ocaranza, 1881.

Página 70: carece de pie de foto.
Debe decir: Figura 5. "Una entrevista amorosa", o "El beso". Atanasio Vargas,
1875.

